

Honoré de Balzac

# Un caso tenebroso

Traducción y notas de José Ramón Monreal



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Une ténébreuse affaire*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Louis-Leopold Boilly: *Retrato*, detalle. Museo Marmottan Monet, París.

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

© de la traducción y las notas: José Ramón Monreal Salvador

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-259-2

Depósito legal: M. 4.120-2023

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## 9 Nota a esta edición

### UN CASO TENEBROSO

#### Primera parte. Los disgustos de la policía

- 17 1. El Judas
- 35 2. Planes para un crimen
- 46 3. Las malicias de Malin
- 59 4. Quitarse la careta
- 69 5. Laurence de Cinq-Cygne
- 81 6. Interior y fisonomías monárquicas bajo el Consulado
- 96 7. El registro domiciliario
- 109 8. Un rincón de bosque
- 123 9. Los disgustos de la policía
- 139 10. Laurence y Corentin
- 155 11. La revancha de la policía

#### Segunda parte. La revancha de Corentin

- 172 12. Un doble y mismo amor
- 186 13. Un buen consejo
- 199 14. Las circunstancias del caso
- 209 15. La justicia bajo el Código de brumario del año IV
- 219 16. Las detenciones

Tercera parte. Un proceso político bajo el Imperio

- 233 17. Dudas de los defensores de oficio  
248 18. Marthe comprometida  
256 19. Los debates  
275 20. Una horrible peripecia  
286 21. El vivaque del Emperador  
304 22. Las tinieblas disipadas
- 323 Prefacio a la primera edición  
349 Apostilla final

## Nota a esta edición

*Un caso tenebroso* apareció por primera vez, en veinticinco folletines, en el periódico *Le Commerce* desde el 15 de enero hasta el 20 de febrero de 1841. El contrato con el editor Souverain preveía la publicación de la novela en formato de libro en un plazo breve. Sin embargo, por razones que se desconocen, el editor no se apresuró a su publicación. En noviembre de 1841, Balzac escribió el «Prefacio» sin duda para completar la edición que contemplaba su aparición en tres tomos. Estos estaban listos en junio de 1842, aunque no fue puesta a la venta hasta el 1 de marzo de 1843. En el ínterin, habían aparecido dos ediciones piratas en Bélgica: una por A. Jamar, en 1841, y la otra por la Société Belge de Librairie, Hauman et Cie, en 1841, igualmente en formato de libro. Y la novela había sido traducida al alemán.

En 1846, la novela fue publicada de nuevo en el tomo XII de *La Comédie humaine*. En su ejemplar personal de esta edición, la que entre los balzaquianos es conocida como la edición Furne corregida, Balzac prácticamente no in-

trodujo más que algunos retoques solamente en la descripción del vivaque de Napoleón del capítulo 21.

El texto de nuestra traducción sigue, evidentemente, el de la edición Furne corregido, preparado por René Guise para ediciones Gallimard, 1973, Folio Classique, edición que corrige algunas inadvertencias de Balzac. Estas correcciones están señaladas y justificadas en las notas.

En la edición Furne de *La comedia humana*, que se quería compacta, se suprimieron, para ganar espacio, las divisiones en capítulos. Balzac lamentaba este ahorro que priva a la novela de una aireación necesaria, y al lector, de unas pausas útiles. En ella se ha restablecido la división en veinticinco capítulos de la edición original. Sin embargo, Balzac había mantenido, para la edición Furne, una división en tres grandes capítulos y una «Conclusión». Esta «Conclusión» se corresponde, por otra parte, exactamente con el último capítulo, el vigésimo segundo de la edición Souverain; se ha conservado igualmente esta división en tres grandes capítulos, limitándose a sustituir la palabra «capítulo» por la de «parte». Esta superposición presenta un inconveniente: el corte de la segunda parte se sitúa en medio de un capítulo. Este inconveniente resulta ampliamente compensado por las ventajas que presenta para el lector el restablecimiento de la división en capítulos.

# Un caso tenebroso





*Al señor de Margone*

Su huésped del castillo de Saché, agradecido  
DE BALZAC



Primera parte

Los disgustos de la policía



# 1. El Judas<sup>1</sup>

El otoño del año de 1803 fue uno de los más hermosos del primer período de ese siglo que llamamos Imperio. En octubre, algunas lluvias habían refrescado los prados, los árboles estaban verdes aún y con hojas mediado ya el mes de noviembre. Por eso el pueblo comenzaba a convencerse de que entre el cielo y Bonaparte, entonces proclamado cónsul vitalicio, existía un entendimiento, y a tal persuasión debió este hombre una parte de su prestigio; y, ¡cosa extraña!, el día en que, en 1812, el sol le faltó, cesó su próspera fortuna. El 15 de noviembre de ese año, hacia las cuatro de la tarde, el sol lanzaba como un polvillo rojo sobre las copas centenarias de cuatro hileras de olmos de una larga avenida señorial; hacía brillar la arena y los matojos de hierbas de una de esas inmensas glorietas que se encuentran en el campo donde el coste de la tierra era antaño tan bajo para poderla sacrificar a la

1. Este título equívoco designa, no lo que de entrada entenderíamos por un judas, sino el apodo dado al personaje de Michu por los lugareños.

ornamentación. El aire era tan puro, la atmósfera tan suave, que una familia tomaba entonces el fresco como en verano. Un hombre vestido con una chaqueta de caza de dril verde, con botones del mismo color y calzón de la misma tela, calzado con zapatos de fina suela, y unas polainas de dril hasta la rodilla, limpiaba una carabina con el esmero que, en sus ratos de ocio, ponen los buenos cazadores en esa ocupación. No llevaba este hombre ni morral ni canana, en suma, ninguno de esos arneses que anuncian la partida o el regreso de la caza, y dos mujeres, sentadas a su lado, lo observaban y parecían presa de un terror mal disimulado. Cualquiera que hubiese podido contemplar esta escena, oculto tras un matorral, se habría estremecido sin duda como se estremecían la anciana suegra y la mujer de ese hombre. Obviamente un cazador no toma tan minuciosas precauciones para cobrarse unas piezas de caza, y no emplea, en el departamento del Aube, una pesada carabina de cañón rayado.

—¿Vas a matar corzos, Michu? —le dijo su joven mujer tratando de adoptar un aire risueño.

Antes de responder, Michu examinó a su perro que, echado al sol, con las patas hacia delante, el hocico sobre ellas, en la encantadora actitud de los perros de caza, acababa de alzar la cabeza y husmeaba alternativamente delante de él en la avenida de un cuarto de legua de longitud y hacia un atajo que desembocaba a la izquierda en la glorieta.

—No —respondió Michu—, sino a un monstruo con el que no quiero errar el tiro, un lobo cerval<sup>2</sup>. —El perro, un mag-

2. El lobo cerval es una especie de lince. El nombre designaba entonces a los que especulaban con los asuntos políticos para labrarse

nífico podenco, de blanco pelaje con pintas de color pardo, gruñó—. Bueno —dijo Michu hablando para sí—, ¡espías!: pululan por estos lugares.

La señora Michu levantó condolida los ojos al cielo. Bonita rubia de ojos azules, hecha a modo de una estatua antigua, pensativa y recogida en sí misma, parecía estar devorada por una pena negra y amarga. El aspecto del marido podía explicar hasta un cierto punto el terror de las dos mujeres. Las leyes de la fisonomía son exactas, no solo en su aplicación al carácter, sino también en lo relativo a la fatalidad de la existencia. Hay fisonomías proféticas. Si fuera posible, y esta estadística viviente es muy importante para la Sociedad, contar con un dibujo exacto de quienes mueren en el cadalso, la ciencia de Lavater y la de Gall<sup>3</sup> probarían indefectiblemente que había en la cabeza de todas esas gentes, incluso en las de los inocentes, extraños signos. ¡Sí, la Fatalidad imprime su sello en el rostro de los que han de morir de una muerte violenta cualquiera! Ahora bien, este sello, visible para los ojos del observador, estaba impreso en el rostro expresivo del hombre de la carabina. Menudo y grueso, rápido y ágil como un simio aunque de carácter tranquilo, Michu tenía una cara blanca, inyecta-

su fortuna sobre la ruina ajena. Michu designa aquí al conde de Gondreville.

3. En el caso de Johann Caspar Lavater (1741-1801), esta ciencia es la fisiognomía, que establece una correspondencia entre los rasgos del rostro y los caracteres, de la que Balzac hace una aplicación bastante libre. Las teorías de Franz Joseph Gall (1758-1828) sobre la frenología postulaban que «la forma de la cabeza y del cráneo, que repite en la mayoría de los casos la forma del cerebro, proporciona los medios de descubrir las cualidades y las facultades fundamentales de un individuo».

da en sangre, rechoncha como la de un calmuco y a la que unos cabellos pelirrojos y crespos daban una expresión siniestra. Sus ojos amarillentos y claros presentaban, como los de los tigres, una profundidad interior adonde iba a perderse la mirada de quien la examinaba, sin encontrar en ellos ni movimiento ni calor. Fijos, luminosos y rígidos, esos ojos terminaban por espantar. La oposición constante de la inmovilidad de los ojos con la vivacidad del cuerpo aumentaba también la impresión glacial que Michu producía de entrada. La acción siempre rápida en este hombre debía de estar al servicio del instinto. Desde 1793, se había dejado su barba pelirroja de abanico. Aunque no hubiera presidido un club jacobino durante el Terror, esta particularidad de su aspecto bastaba para hacerle terrible solo de verle. Esta apariencia socrática de nariz chata estaba rematada por una bellísima frente, pero tan abombada, que parecía estar suspendida sobre el rostro. Las orejas, muy despegadas, poseían una especie de movilidad como las de las bestias salvajes, siempre en estado de alerta. La boca, entreabierta por una costumbre bastante habitual entre la gente de campo, dejaba ver unos dientes fuertes y blancos como almendras, pero mal alineados. Unas patillas pobladas y lustrosas enmarcaban aquella cara blanca y violácea aquí y allá. Los cabellos cortados por delante al rape, largos sobre las mejillas y por detrás de la cabeza, hacían resaltar perfectamente, por su rojez leonada, todo cuanto aquella fisonomía tenía de extraño y de fatal. El cuello, corto y grueso, provocaba a la cuchilla de la Ley. En ese momento, el sol, dando oblicuamente en este grupo, iluminaba de lleno a esas tres cabezas que el perro miraba a ratos. Esta escena transcurría, por lo de-



más, en un magnífico teatro. Esta glorieta está en el extremo del parque de Gondreville, una de las tierras más ricas de Francia, y, sin discusión, la más hermosa del departamento del Aube: magníficas avenidas de álamos, castillo construido según la traza dibujada por Mansard, parque de mil quinientas arpentas de recinto cerrado, nueve grandes haciendas, un bosque, molinos y praderías. Esta tierra casi real pertenecía antes de la Revolución a la familia de Simeuse. Ximeuse es un feudo situado en Lorena. El nombre se pronunciaba Simeuse, y se había acabado por escribirlo tal y como se pronunciaba.

La gran fortuna de los Simeuse, nobles afectos a la gran casa de Borgoña, se remonta a los tiempos en que los Guisa amenazaron a los Valois. Primero Richelieu, y luego Luis XIV, se acordaron de la adhesión de los Simeuse a la sediciosa casa de Lorena, y los despreciaron. El marqués de Simeuse de entonces, viejo borgoñón, viejo guisardo, viejo liguista, viejo frondista (había heredado los cuatro rencores de la nobleza contra la realeza), se vino a vivir a Cinq-Cygne. Este cortesano, rechazado por el Louvre, se había casado con la viuda del conde de Cinq-Cygne, la rama segundona de la famosa casa de Chargebœuf, una de las más ilustres del viejo condado de Champagne, pero que se hizo tan célebre y más opulenta que la primogénita. El marqués, uno de los hombres más ricos de aquel tiempo, en lugar de arruinarse en la corte, erigió Gondreville, reunió posesiones, y añadió a ellas tierras, únicamente para procurarse una buena caza. Hizo construir igualmente en Troyes el palacio de Simeuse, a escasa distancia del palacio de Cinq-Cygne. Estas dos viejas casas y el Obispado fueron durante largo tiempo en

Troyes las únicas casas de piedra. El marqués vendió Simeuse al duque de Lorena. Su hijo dilapidó los ahorros y un poco de esta gran fortuna, bajo el reinado de Luis XV; pero este hijo se convirtió primero en jefe de escuadra, luego en vicealmirante, y subsanó las locuras de su juventud gracias a señalados servicios. El marqués de Simeuse, hijo de este marino, había perecido en el patíbulo, en Troyes, dejando dos hijos gemelos que emigraron, y que se encontraban en ese momento en el extranjero, siguiendo la suerte de la casa de Condé.

Esta glorieta era antaño el sitio de reunión para las partidas de caza del Gran Marqués. Se conocía así en familia al Simeuse que mandara erigir Gondreville. Desde 1789, Michu habitaba aquella glorieta, sita en el interior del parque, construido en tiempos de Luis XIV, y llamado el pabellón de Cinq-Cygne. El pueblo de Cinq-Cygne se halla en el extremo del bosque de Nodessme (corrupción de Notre Dame), al que lleva la avenida con cuatro hileras de olmos donde Couraut husmeaba espías. Desde la muerte del Gran Marqués, este pabellón estaba completamente descuidado. El vicealmirante fue mucho más asiduo del mar y de la corte que de Champaña, y su hijo dio este pabellón medio en ruinas por morada a Michu. Este noble edificio es de ladrillo, adornado de piedra vermiculada en las esquinas, puertas y ventanas. De cada lado se abre una verja de bella labor de forja, pero herrumbrosa. Detrás de la verja se extiende un ancho, profundo foso del que se alzan unos árboles vigorosos, cuyos parapetos están erizados de arabescos de hierro que presentan sus innumerables picas a los malhechores.

La cerca del parque no empieza hasta más allá de la circunferencia dibujada por la glorieta. Fuera, la magnífica medialuna está trazada por unos taludes plantados de olmos, igual que la que le corresponde en el parque está formada por bosquetes de árboles exóticos. Así el pabellón ocupa el centro de la rotonda trazada por esas dos herraduras. Michu había transformado unas antiguas salas de la planta baja en caballeriza, establo, cocina y leñera. El único vestigio que queda del antiguo esplendor es una antesala embaldosada en mármol negro y blanco, a la que se entra, por el lado del parque, por una de esas puertaventanas de pequeños vidrios, como las que había aún en Versalles antes de que Luis Felipe hiciera de él el hospital de las glorias de Francia. En el interior, ese pabellón está dividido por una vieja escalera de madera carcomida, pero llena de carácter, que lleva a la planta noble, donde hay cinco aposentos, un poco bajos de techo. Por encima se extiende un inmenso desván. Este venerable edificio tiene por remate una de esas grandes cubiertas de cuatro vertientes, cuya arista está adornada con dos coronamientos de plomo, y en la que se abren cuatro de esos ojos de buey tan del gusto, y no sin razón, de Mansard; pues en Francia, el ático y los tejados planos a la italiana son un disparate contra el que protesta el clima. Michu metía allí sus forrajes. Toda la parte del parque que rodea este viejo pabellón es a la inglesa. A cien pasos, un antiguo lago, convertido simplemente en estanque bien provisto de peces, atestigua su presencia tanto por una ligera neblina por encima de los árboles como por el croar de mil ranas, sapos y otros anfibios parlanchines a la puesta del sol. Lo vetusto de las cosas, el profundo silencio de

los bosques, la perspectiva de la avenida, el bosque a lo lejos, mil detalles, los hierros corroídos por la herrumbre, los montones de piedras aterciopeladas por el musgo, todo vuelve poética esta construcción que existe aún.

En el momento en que comienza esta historia, Michu estaba apoyado en uno de los parapetos musgosos, sobre el que se veían su cebador, su gorro, su pañuelo, un destornillador y unos trapos, en suma, todos los utensilios necesarios para su sospechosa operación. La silla de su mujer se encontraba adosada al lado de la puerta exterior del pabellón, por encima de la cual campeaba aún el escudo de armas de los Simeuse ricamente esculpido con sus bella divisa: *Si meurs!*<sup>4</sup>. La madre, vestida de campesina, había puesto su silla delante de la señora Michu para que ella tuviese los pies al abrigo de la humedad, sobre uno de los travesaños.

—¿Está por ahí el pequeño? —preguntó Michu a su mujer.

—Anda alrededor del estanque, pues le vuelven loco las ranas y los insectos —dijo la madre.

Michu dio un silbido de hacer temblar el misterio. Y la rapidez con la que acudió su hijo demostraba el despotismo ejercido por el administrador de Gondreville. Michu, desde 1789, pero sobre todo desde 1793, era poco más o menos el amo de estos dominios. El terror que inspiraba a su mujer, a su suegra, a un joven criado llamado Gaucher y a una sirvienta llamada Marianne era comparado a diez leguas a la rendoda. Quizá sea el momento de exponer las razones de aquel sentimiento, que, por otra parte, completará en lo moral el retrato de Michu.

4. Véase p. 195, nota 3.

El viejo marqués de Simeuse se había desprendido de sus bienes en 1790; pero, superado por los acontecimientos, no había podido poner en unas manos fieles sus buenas posesiones de Gondreville. Acusado de mantener correspondencia con el duque de Brunswick y el príncipe de Cobourg, el marqués de Simeuse y su mujer fueron encarcelados y condenados a muerte por el tribunal revolucionario de Troyes, que presidía el padre de Marthe<sup>5</sup>. Esta preciada propiedad fue, así pues, vendida como bien nacional. Con ocasión de la ejecución del marqués y de la marquesa, se advirtió, no sin cierto horror, la presencia del guardabosques de los dominios de Gondreville que, convertido en presidente del club de los jacobinos de Arcis, había venido a Troyes para asistirle. Hijo de un simple campesino y huérfano, Michu, colmado de favores por la marquesa que le había dado el puesto de guardabosques, tras haberle hecho criar en el castillo, fue considerado como un Bruto por los exaltados; pero por aquellos lugares, tras este rasgo de ingratitud, todo el mundo dejó de verle con buenos ojos. El comprador fue un hombre de Arcis llamado Marion, nieto de un intendente de la casa de Simeuse. Este hombre, abogado antes y después de la Revolución, tuvo miedo del guarda, le hizo su administrador dándole tres mil libras de sueldo y una comisión en las talas. Michu, que se decía que contaba ya con diez mil francos, se casó, protegido por su reputación de patriota, con la hija de un curtidor de Troyes, el apóstol de la Revolución en esta ciudad donde presidió el tribunal revolucionario. Este

5. Balzac no ha precisado aún que tal es el nombre de pila de la mujer de Michu.